

Noviembre: Santos y fieles difuntos

En este mes de noviembre celebramos una fecha llena de sentimiento y religiosidad. En todos los pueblos y ciudades nos acordamos de manera especial de los difuntos y de todos los Santos. Visitamos los cementerios y engalanamos las sepulturas de nuestros familiares con flores de todos los colores y especies disponibles. Aún más, hay quien las adorna con otros aditamentos como cintas, tiestos y macetas, etc.

Pero además, celebramos de manera especial la Eucaristía y ponemos solemnidad y seriedad a los actos que realizamos en torno a esta fiesta. Para todos, estos días están llenos de esperanza en la resurrección y en que aquellos que ya se han ido estarán en un lugar mejor, pensamiento este último, que comparten incluso aquellos que no son creyentes.

Para los que si creemos debe ser algo más profundo. Debemos pensar en el bien que hacemos con nuestras oraciones y sacrificios para que las almas de los que siguen en el purgatorio, preparándose para la presencia de Dios, puedan estar al fin en la Gloria y ver cara a cara al Padre. También debemos tener muy en cuenta, que todos los Santos, estén o no en los altares, es decir, todos aquellos que fueron buenos y comparten la mesa con Cristo, están atentos a escucharnos en nuestras súplicas. Y las presentan al Señor para que Este nos ayude en todo lo que pedimos con verdadera y honda fe.



Para terminar, y como mera opinión, decir que estas fechas no son de monstruos y brujas, de “trato o truco”, de disfrazarse de forma horripilante. Este no es el verdadero sentido, y nos estamos dejando influenciar por tradiciones que no son nuestras, y que a pesar de poder resultar divertidas y todos podemos participar de ellas, no son la esencia de la Fiesta de Todos los Santos y los fieles difuntos.

Es más, lo de poner calabazas con caras siniestras y velas dentro, no es sino una tradición muy española que se importó a los EEUU en tiempo de los colonizadores. Por ejemplo, en Tendilla (Guadalajara) recuerdan los más ancianos, ya casi centenarios, como los niños y adolescentes tenían una calabaza reservada por sus padres o abuelos, guardada junto al trigo o la cebada en la cámara o troje, y que llegada la víspera de esta fiesta la cortaban, vaciaban y la subían a poner en la tapia del cementerio y en las zonas altas de los alrededores, encendiendo la vela y echando a correr diciendo: ¡cobarde el último!. Se trataba de un acto de valentía y de estética, ya que resultaba muy bonito ver las laderas del pueblo con las luminarias encendidas hasta que la mecha se apagaba de madrugada.



En fin, ...que todos nuestros seres queridos cuyos restos mortales yacen en el camposanto y cuyas almas inmortales, motor de la vida y templo del Espíritu Santo, fueron llamadas por el Señor a su presencia, desde el Cielo nos protejan e intercedan por nosotros.